

su elocuencia se empleó á favor de las empresas en que los portugueses estaban ya empeñados.

«El Portugal, dijo, no está en su infancia, ni son sus príncipes tan pobres que carezcan de medios para emprender descubrimientos. Aun suponiendo que los que Colon propone descansasen en meras conjeturas, ¿por qué se habian de abandonar los que empezó el príncipe Enrique sobre tan sólidos fundamentos, y prosiguió con tan felices auspicios? Las coronas, dijo, se enriquecen por el comercio, se fortifican con las alianzas y adquieren imperios por las conquistas. Las miras de una nación no pueden ser siempre uniformes; sino que se extienden con su prosperidad y su opulencia. El Portugal está en paz con todos los príncipes de Europa. Nada tiene que temer de entrar en grandes empresas; y sería la mayor gloria para el valor portugués penetrar los secretos y horrores del Océano, tan formidable para las otras naciones del mundo. Así ocupado se libraria del ocio que los largos intervalos de paz engendran; aquel manantial de vicios, aquella lima silenciosa que poco á poco desgasta la fuerza y el valor de las naciones. Era vergonzoso, añadía, amenazar el nombre portugués con peligros imaginarios, cuando tan intrépido se había manifestado en acometer los más tremendos y ciertos. Las grandes almas estaban formadas para las grandes empresas; y se admiraba mucho de que un prelado tan religioso como el obispo de Ceuta se opusiese á un proyecto, cuyo último resultado sería aumentar la fé católica y llevarla del uno al otro polo, reflejando gloria en la nación portuguesa, y dando imperio y fama indeleble á sus príncipes. Y concluía declarando, que aunque soldado, se atrevía á pronosticar, con voz y espíritu celestiales, al príncipe que acabara aquella empresa, mas felice y duradero renombre que obtuvo jamás el mas afortunado soberano.» Tal fue el ardiente discurso del conde de Villa-Real en pro de los descubrimientos africanos. Mas afortunado habria sido para Portugal que usara su elocuencia en favor de Colon; porque se asegura que fue recibida con aclamaciones que disipó todos los racionios del frío espíritu de Cazadilla, y que inspiró al rey y al consejo nuevo ardor para emprender la circunnavegacion de los extremos del Africa, cuyo éxito fue tan brillante.

CAPITULO VIII.

SALIDA DE COLON DE PORTUGAL Y SUS INSTANCIAS Y OTRAS CORTES.

Es comunmente reputado Juan II de Portugal por príncipe grande, sábio é incapaz de sufrir la dominacion de ningun consejero. Pero en la memorable negociacion de que hablamos, no hizo alarde de su magnanimidad acostumbrada y hubo de escuchar capciosos y astutos consejos, siempre opuestos á la verdadera política, y productivos en este caso de disgustos y mortificaciones. Algunos de entre sus consejeros, viendo que estaba el monarca poco satisfecho de la determinacion anterior, y que todavía le quedaba cierta inclinacion oculta por aquella empresa, le sugirieron una estratagema para asegurar todas sus ventajas, sin comprometer la dignidad de la corona, entrando en formales tratados acerca de un plan que podia ser quimérico. Le propusieron pues que se entretuviese á Colon con razonamientos equivocados en tanto se enviaba reservadamente un buque en la direccion que él había señalado, para cerciorarse del fundamento que pudiese tener su teoria.

Esta pérdida insinuacion se atribuye á Cazadilla, obispo de Ceuta, y cuadra bien con la estrecha política que hubiera querido persuadir al rey Juan á que abandonase la espléndida senda de sus descubrimientos africanos. El rey apartándose desgraciadamente de su acostumbrada generosidad, cometió la debilidad de

favorecer aquella inícuca estratagema. Se pidió á Colon un plan circunstanciado del propuesto viaje, con las cartas y otros documentos, segun los cuales intentaba tomar su derrotero, para que pudiese examinarlos el consejo. Colon satisfizo inmediatamente este pedido. Entonces salió una carabela con el pretexto ostensible de llevar víveres al cabo de islas Verdes, pero con instrucciones reservadas para seguir el rumbo indicado por Colon. Desde aquellas islas navegó la carabela al Occidente por algunos dias. El tiempo se puso tormentoso; y los pilotos, careciendo de celo que los estimulase, y no viendo delante de sí mas que un inmenso desierto de salvages y trémulas hondas, no tuvieron valor para continuar. Tomaron la vuelta del cabo de las islas Verdes, y de allí pasaron á Lisboa, ridiculizando el proyecto de Colon, como irracional y extravagante, para excusar así su falta de ánimo.

Colon se indignó justamente con tan infame atentado. El rey Juan, se dice hubiera querido renovar la negociacion; pero él se negó resueltamente á ello. Su mujer hacia algun tiempo que habia muerto: el nudo doméstico que le unia al Portugal, estaba roto; y así determinó abandonar un país donde le habian tratado con tan mala fé, y buscar patrocinio en otra parte.

Hacia fines de 1484 salió secretamente de Lisboa, llevando consigo á su hijo Diego. La razon que da para haber dejado el reino con tal misterio, es que temia que se lo impidiese el rey; pero su pobreza parece que le ocasionó otros motivos. Mientras estaba lleno de aquellas especulaciones que tan grandes beneficios habian de producir al género humano, sus negocios particulares quedaron abandonados. Podria suponerse, que hasta estaba en peligro de que le prendieran por deudas. Una carta, descubierta últimamente, escrita á Colon algunos años despues por el rey de Portugal, pidiéndole que volviese á aquel reino, le asegura que no se procederá á su arresto cualquiera que sea la causa que contra él haya pendiente.

Otro intervalo ocurre de cerca de un año, en el cual se ignoran casi todos los movimientos de Colon. Un historiador moderno de España, opina que salió sin detenerse para Génova, donde cree que estaba positivamente el año de 1485, cuando repitió en persona una proposicion de la empresa que ya por escrito habia sometido al gobierno, de quien fue recibida con desprecio.

La república de Génova no estaba verdaderamente en circunstancias favorables para emprender tales proyectos. Hallábase entonces en decadencia y esquilimada por las guerras que estaba sosteniendo en el exterior. Caffa, su gran depósito en la Grimea, acababa de caer en manos de los turcos, y su pabellon estaba á punto de ser arrojado del archipiélago. Los infortunios habian quebrantado su ánimo; porque entre las naciones, como entre los individuos, es la energía hija de la prosperidad, y enferma en las horas adversas, cuando mas se necesitarian sus esfuerzos. Así, Génova, desanimada, segun se infiere, por sus reveses, cerró los oídos á una proposicion que la hubiera elevado á décupla esplendidez, y por la que habria podido perpetuar el dorado caduceo del comercio en las manos de la Italia.

Créese que Colon llevó sus proposiciones de Génova á Venecia, aunque esta opinion no está apoyada en ningun documento auténtico. Un escritor italiano de mucho mérito dice que en Venecia se conserva cierta tradicion antigua que lo asegura. Y añade, que un magistrado distinguido de aquella ciudad le habia dicho haber visto en tiempos anteriores, en los archivos públicos, anotaciones de este ofrecimiento de Colon, y de haberse negado en consecuencia de la crítica situacion de los negocios públicos. Pero las largas é inveteradas guerras de Venecia contra su país hacen improbable este paso. Muchos autores convienen en

que por este tiempo visitó á su anciano padre, tomó medidas para mejorar su suerte; y habiendo cumplido con los deberes de la piedad filial, salió otra vez á buscar fortuna en las córtes extranjeras.

Debe advertirse que no pasan de presunciones todas las circunstancias, con las cuales se ha intentado llenar el intervalo que hay desde la salida de Colon de Portugal á las primeras noticias que de él tenemos en España. Tal es la dificultad de penetrar la parte oscura de su historia, hasta que el esplendor de los descubrimientos la inundó de luz eterna. No puede hacerse mas, que ir de un hecho aislado á otro. Que en este tiempo luchó sin cesar con la pobreza, resulta del mal estado en que le encontramos en España: ni es la circunstancia menos extraordinaria de su agitada vida, que tenia en cierto modo que ir pidiendo limosna de córte en córte, para ofrecer á sus príncipes un mundo.

LIBRO II.

CAPITULO PRIMERO.

PRIMERA LLEGADA DE COLON A ESPAÑA.

Es curioso observar la primera llegada de Colon á aquel país destinado á ser teatro de su gloria, y que él habia de hacer tan poderoso con sus descubrimientos; porque en ella notamos uno de los mas notables é instructivos contrastes de su historia.

La primera huella que se encuentra suya en España, está en la declaracion hecha algunos años despues de su muerte, con motivo del pleito entre su hijo D. Diego y la corona, por García Fernandez, médico del pequeño puerto de Palos de Moguer en Andalucía. Media legua, poco mas ó menos, cerca de Moguer habia y se conserva aun, un antiguo convento de frailes franciscos, de la advocacion de Santa María de la Rábida. Segun el testimonio del físico, llegó un día á las puertas del convento un extranjero á pie, con un niño, para quien pidió al portero pan y agua. En tanto recibia este humilde refresco, el guardian del convento, fray Juan Perez de Marchena, pasó casualmente por allí, notó con admiracion la presencia de aquel hombre; entabló conversacion con él, y no tardó en enterarse de las particularidades de su vida. Este extranjero era Colon con su hijo Diego. No aparece de dónde venia; pero que estaba en circunstancias indigentes, se echa de ver por su modo de viajar. Iba entonces á la vecina ciudad de Huelva en busca de un cuñado suyo.

Era el guardian un hombre de vastos conocimientos. Quizá por estar tan cerca de Palos, cuyos vecinos se contaban entre los mas audaces navegantes de España, habia adquirido algunos conocimientos en geografía y náutica. Le interesó mucho la conversacion de Colon, y le sorprendió la grandeza de sus miras. Fue singular ocurrencia para la vida monótona del claustro, que un hombre de tan insólito carácter, y entregado á tan extraordinaria empresa, llamase á la portería del convento para pedir pan y agua. Le detuvo el guardian como su huésped, y poco confiado en su propio saber, mandó llamar á un médico de Palos, llamado García Fernandez, que es á quien debemos estos curiosos datos. Fernandez se admiró tambien de la apariencia y conversacion del extranjero. Sucdieron á esta entrevista muchas discusiones en el convento; y el proyecto de Colon se trataba en aquellos silenciosos claustros con la deferencia que habia buscado en vano entre el bullicio y pretensiones de los sábios de córte y de los filósofos. Tambien se reunieron entre los marineros veteranos de Palos algunas sugestiones que parecian corroborar su teoria. Un tal Pedro Velasco, anciano y experimentado piloto, afirmaba que treinta años antes, en el discurso de un

viaje, fue arrojado por los temporales tan lejos hacia el Nor-Oeste, que el cabo Clear de Irlanda quedaba ya al Este suyo. Aun cuando un fuerte viento soplabá á la sazón del Occidente, estaba la mar en calma: notable fenómeno que él atribuía á la existencia de tierra en aquella direccion. Pero siendo ya á últimos de agosto, temió la venida del invierno, y no quiso continuar este descubrimiento.

Fray Juan Perez poseía aquel celo de corazón en sus amistades que convierte los buenos deseos en buenas obras. Persuadido de la alta conveniencia que resultaba de que Colon llevase á cabo su gigantesca empresa, le ofreció una buena recomendacion para la córte, aconsejándole ir de todos modos á ella, y hacer sus proposiciones á los soberanos. Era fray Juan Perez intimo amigo de fray Fernando de Talavera, prior del monasterio del Prado, confesor de la reina, muy admitido en la confianza real, y de mucho peso en los negocios públicos. Para él le dió á Colon una carta, recomendando altamente el aventurero y su empresa al patrocinio de Talavera, é impetrando su amigable intercesion para con los reyes. Como la influencia de la Iglesia era ante todas en la córte de Castilla, y Talavera por su empleo de confesor, tenia la mas directa y franca comunicacion con la reina, se esperaba todo de sus esfuerzos. En el entretanto, fray Juan Perez se hizo cargo del niño de Colon, para mantenerle y educarle en el convento. El celo de este digno religioso; así encendido no se resfrió jamas; y cuando muchos años despues rodeaban á Colon en los dias de su gloria brillantes turbas de cortesanos, prelados y filósofos, reclamando el honor de haber favorecido sus empresas, volvía él la vista á su vida pasada, y señalaba á este modesto sacerdote como su mejor y mas útil amigo. Permaneció Colon en el convento hasta la primavera de 1486, cuando llegó la córte á Córdoba, donde los soberanos pensaban reunir sus tropas, y hacer los preparativos para una campaña contra el reino morisco de Granada. Llena el alma de risueñas esperanzas y alentado con la seguridad de conseguir pronto audiencia por medio de fray Fernando de Talavera, se despidió Colon del digno guardian de la Rábida, y dejándole su hijo, salió alborozado para la córte de Castilla.

CAPITULO II.

CARACTERES DE FERNANDO Y DE ISABEL.

(1486.)

La primera época en que Colon buscó su fortuna en España, coincide con uno de los periodos mas brillantes de esta monarquía. La union de los reinos de Aragón y Castilla, por el casamiento de sus príncipes Fernando é Isabel, habia consolidado el poder cristiano en la península, y puesto fin á los feudos internos, que tanto tiempo habian despedazado la nación, y asegurado el dominio de los musulmanes. La entera fuerza de España iba á emprender la caballerosa y noble conquista mahometana. Los moros que algun día se deramaron como una inundacion por toda la península, estaban ya reducidos á los lindes montañosos del reino de Granada. Las armas de Fernando marchaban por una senda no interrumpida de triunfos; estrechando cada vez mas los límites de aquel fiero pueblo. Bajo estos soberanos principiaron los pequeños y divididos estados españoles á obrar como una sola nación, y á alcanzar la eminencia en las artes lo mismo que en las armas. Fernando é Isabel se dijo que no vivian juntos como consortes, cuyos estados eran comunes, sino como dos monarcas extrictamente aliados. Tenian separados derechos á la soberanía, en virtud de sus respectivos reinos; juntaban diferentes consejos, y ejercian separados con frecuencia en lejanas partes del imperio cada uno su autoridad real. Pero se hallaban tan felizmente unidos por miras é intereses comunes,

y por una grande y mútua deferencia, que esta doble administracion jamas impidió la unidad de los designios ni de las acciones. Los actos todos de la soberanía se ejecutaban en ambos nombres; todos los documentos públicos estaban suscritos con ambas firmas: sus bustos ambos estampados en la moneda; y el sello real presentaba las armas unidas de Castilla y Aragón.

Fernando era de mediana estatura, bien proporcionado, y recio, y activo en los ejercicios atléticos. Su porte libre, desembarazado y magestuoso. Su frente despejada y serena parecía aun mas espaciosa por la escasez de los cabellos. Las cejas eran anchas y partidas, y de un castaño claro como el pelo. Los ojos brillantes y animados, el cutis algo rojo, y quemado con las fatigas de la guerra; la boca moderada, de buena forma y agradable espresion, los dientes blancos, aunque pequeños é irregulares; la voz aguda; la conversacion fácil y rápida. Su entendimiento claro y comprensivo; su juicio grave y seguro. Era sencillo en los alimentos y ropas; de genio igual, devoto en la religion, y tan infatigable en los negocios, que se decía de él que descansaba trabajando. Era sin igual en



Fernando el Católico.

tencias berberiscas. Un nuevo mundo le dió Colon por sus descubrimientos, y sin el mas mínimo coste; pues que los dispendios de la empresa los hizo exclusivamente su consorte Isabel. Abridaba, desde los primeros dias de su reinado, tres pensamientos que consiguió ver realizados, obteniendo de Inocencio VII el tratamiento de magestad católica. Eran estos tres pensamientos: la conquista de los moros, la expulsion de los judíos y el establecimiento de la inquisicion en sus dominios.

Los escritores contemporáneos han descrito á Isabel con entusiasmo, y el tiempo ha sancionado sus elogios, dándonos en ella uno de los mas bellos y puros caracteres de la historia. Era bien formada, de mediana estatura; con mucha dignidad y gracia, gravedad y dulzura en sus modales. Blanca de cutis, y de cabellos rubios tirando á rojos; los ojos azules claros y de benigna expresion. Lucía una singular modestia en su semblante, embelleciéndose con ella su extraordinaria fortaleza de ánimo, y firmeza en los proyectos. Aunque fuertemente ligada á su marido, y solícita de su fama, mantenía siempre aparte sus derechos como una princesa aliada. Le escedia además en hermosura, en dignidad personal, en agudeza de ingenio, y en grandeza de alma. Combinando las activas cualidades y resolucion del hombre con los blan-

la ciencia de los gabinetes, y se reputaba grande observador y conocedor de los hombres. Tal es el retrato que de él hacen los historiadores españoles de su tiempo. Añaden, empero, que era tan avisado como religioso, ambicioso, antes sagaz que magnánimo; que guerreaba mas como príncipe que como soldado, y menos por gloria que por interes, y que era su política fría, calculadora é interesada. Llamábanle el sábio y el prudente en España; en Italia el pio; en Francia y en Inglaterra el pérfido y el ambicioso.

Al dar su pintura quizá no parecerá impertinente bosquejar la suerte de un monarca cuya política influyó tanto en la historia de Colon, y en el destino del Nuevo-Mundo. Un éxito feliz coronó todas sus empresas. Aunque hijo menor, ascendió al trono por herencia, obtuvo el de Castilla por enlace; los de Granada y Nápoles por conquista; y se apoderó de Navarra, como perteneciente á quien tomara posesion de ella, cuando el papa Julio II excomulgó á sus soberanos Juan y Catalina, y dió el cetro al primero que le empuñase. Envió sus fuerzas al Africa, y subyugó ó redujo á vasallaje á Tunes, Trípoli, Argel y las mas de las po-



Isabel la Católica.

dos sentimientos de su sexo, se mezclaba en los consejos militares de su esposo, entraba personalmente en sus empresas y á veces desplegaba aun mayor vigor que el rey, y mayor intrépidez en las medidas árduas; y hallándose inspirada del amor de la verdadera gloria, solía infundir también mas noble y generosa tendencia en su calculadora política. Pero en la historia civil de su reinado es donde especialmente brilla el ilustre carácter de Isabel. El mas vehemente anhelo de su corazón era remediar los males de su país; por eso se complacía en reformar las leyes con arreglo á los preceptos de la justicia, y de la conveniencia pública. Amaba á su pueblo, y dedicándose diligentemente á su bienestar, mitigaba en lo posible las ásperas medidas de su marido, dirigidas al mismo fin, pero guiadas por un mal entendido celo. Así, aunque estremada en su piedad, y sometida al dictámen de sus confesores hasta en los negocios del todo temporales, todavía rehusaba dar asenso á cuantas resoluciones tuviesen por objeto extender la religion por medios violentos: se opuso enérgicamente á la expulsion de los judíos, y al establecimiento de la inquisicion: si desafortunadamente para España y para la causa de la civilizacion, triunfaron los confesores, no culpamos á la reina sino á la época en que vivió. Era siempre abogada de clemencia para los moros, aun-

que era el alma de la guerra contra Granada. Consideraba la guerra esencial para proteger la fé cristiana y librar á sus súbditos de tan feroces y formidables enemigos. Todos sus pensamientos y actos públicos eran regios y augustos; sus costumbres privadas, sencillas, frugales y sin ostentacion. En los intervalos de los negocios de estado juntaba alrededor suyo los hombres mas eminentes en ciencias y literatura, y se dirigía por sus consejos en la promocion de las artes y las letras. Por su patrocinio subió Salamanca á la altura que llegó á obtener entre las instituciones doctas de aquel siglo. Facilitaba la distribucion de honores y premios á los que propagaban los conocimientos; protegía tan abiertamente á la imprenta que los libros se admitían sin pagar derecho alguno; y aun se dice, que en aquel temprano período del arte se imprimían mas de ellos en España, que en épocas posteriores.

Es admirable la íntima dependencia que la felicidad de las naciones tiene á veces de las virtudes de ciertos individuos, y como les es dado á los grandes espíritus, combinando y escitando y dirigiendo la innata energía de los pueblos, investirlos de su propia grandeza. Tales seres son la personificación de la gloria que velan por la conservacion de las naciones. Tal fue el príncipe Enrique para Portugal, y tal para España la ilustre Isabel.

CAPITULO III.

PROPOSICIONES DE COLON A LA CORTE DE CASTILLA.

LLEGÓ Colon á Córdoba á principios de 1486. No tan solo le salieron fallidas sus esperanzas de inmediato patrocinio sino que ni aun siquiera pudo conseguir una audiencia. Fr. Fernando de Talavera, en vez de entrar en sus intereses por la recomendacion de fray Juan Perez de Marchena, miraba su plan como extravagante é imposible. El débil influjo con que contaba para obtener buen éxito en la corte y el humilde traje en que su pobreza le obligaba á presentarse, formaban extraño contraste á los ojos de los cortesanos, con la magnificencia de sus especulaciones. «Porque era extranjero, dice Oviedo, y vestido de pobres ropas, sin mas crédito que la carta de un franciscano, no le creían ni daban oídos á sus palabras; lo que le atormentaba mucho la imaginacion.» El tiempo que consumió Colon, así despreciado en la corte española, ha ocasionado mucha animadversion. Pero es justo también recordar el estado de los soberanos en aquella coyuntura, ciertamente la menos propicia para sus pretensiones. La guerra de Granada estaba en plena actividad, y el rey y la reina personalmente ocupados en sus campañas. Cuando llegó Colon, era la corte un campo militar. Los rivales reyes moros de Granada, Muley Boabdil el tío, llamado el Zagal, y Mahomet Boabdil el sobrino dicho también el rey Chiquito, acababa de formar una coalicion que pedía prontas y vigorosas medidas de parte de los príncipes de Castilla. A principios de la primavera marchó el rey á sitiar la ciudad mora de Loja; y aunque permaneció en Córdoba la reina, estaba continuamente empleada en reunir tropas y viveres que mandar al ejército, y atendiendo al mismo tiempo á las múltiples exigencias del gobierno civil. En 12 de junio salió ella también para los reales, entonces en el sitio de Moelin, y ambos soberanos permanecieron algun tiempo en la vega de Granada, continuando vigorosamente la guerra. Apenas había vuelto á Córdoba á celebrar sus victorias con regocijos públicos, cuando tuvieron que partir á Galicia para apaciguar la rebelion del conde de Lemos. De allí fueron á pasar el invierno á Salamanca. Esta sucinta reseña de la vida agitada de Fernando é Isabel en el primer año de la llegada de Colon es suficiente para dar una idea de su reinado, al menos mientras duraron las guerras de

los moros. La corte no cesaba de marchar de un lugar para otro, segun las exigencias del momento. Los soberanos estaban, ó bien viajando ó acampados; y cuando tenían algun intervalo de reposo en medio de los trabajos de la guerra, le aplicaban á hacer las modificaciones y reformas que querían introducir en sus dominios.

Entregados á tan exigentes negocios de doméstica é inmediata importancia, y tan graves para el tesoro, no es de admirar que tuviesen los monarcas poco tiempo para atender á planes de descubrimientos que requerían mucha consideracion, pedían grandes gastos, y estaban generalmente considerados como ensueños de un entusiasta. Es todavía muy cuestionable si llegó la instancia de Colon á sus oídos en mucho tiempo. El que debía ser su apoyo, Fernando de Talavera, le era contrario, estaba lleno también de negocios militares, y ausente con frecuencia en las campañas, como uno de los consejeros eclesiásticos que rodeaban á la reina en aquella llamada guerra santa.

El verano y otoño de 1486, período de la campaña y ocupaciones indicadas, permaneció Colon en Córdoba. Se mantenía, parece, dibujando mapas y cartas con la confianza de que el tiempo y la industria le proporcionarían creyentes y amigos de influencia. Tenía además que habérselas con la estupidéz de unos y con el orgullo de otros, obstáculos que halla siempre al peso el talento en la corte. Pero su temperamento, naturalmente enérgico y sanguíneo, y su mucho entusiasmo, le sacaban victorioso de todas las pruebas. También poseía una dignidad de modales y un calor, verdad y sinceridad en sus palabras, que gradualmente le ganaron algunos amigos. Uno de los mas útiles fue Alonso de Quintanilla, contador mayor de Castilla, que se dice que le recibió en su casa, y llegó á ser un ardiente defensor de su teoría. Entró también en relaciones con dos personajes que abrazaron ardientemente su causa: era uno Antonio Geraldini, nuncio pontificio, y el otro su hermano Alejandro Geraldini, preceptor de los hijos menores de Fernando é Isabel. Con la ayuda de estos logró ver al célebre Pedro Gonzalez de Mendoza, arzobispo de Toledo, y gran cardenal de España.

Era este un personaje de importancia que los reyes le tenían siempre á su lado: él era su consejero en la paz, y él los acompañaba en la guerra. Pedro Mártir le llamaba donosamente el *tercer rey de España*. Era varon de claro entendimiento, elocuente, juicioso y de mucha viveza y capacidad para los negocios; sencillo, pero refinado en sus vestidos; venerable y grandioso, pero afable y dulce en su trato. Aunque escolástico elegante, carecía el cardenal, como otros hombres doctos de sus tiempos, de estensos conocimientos cosmográficos, y era tenaz además, respecto á los escrúpulos religiosos. Cuando oyó por la primera vez hacer mérito de la teoría de Colon, creyó que envolvía opiniones heterodoxas é incompatibles con la forma de la tierra, segun está descrita en las sagradas Escrituras. Pero otras explicaciones mas extensas tuvieron peso para con un hombre de tan veloz comprension y de tan sano juicio. Percibió, pues, que no podía ser irreligioso el intentar la dilatacion de los límites de los humanos conocimientos, y el querer cerciorarse de las obras de la creacion: una vez apaciguados sus escrúpulos, dió á Colon atento y cortés recibimiento.

Conociendo este la importancia de su oyente, se esforzó en convencerle. Escuchaba el esclarecido cardenal con atencion profunda; y vió la grandeza del designio, y sintió la fuerza de los argumentos. También le agradó el aspecto noble y ferviente de Colon, y se hizo de una vez su firme y útil amigo. La representacion del gran cardenal le procuró una audiencia de los soberanos. Apareció delante de ellos con modestia, pero sin abatimiento; porque se creía, segun

declaró despues en sus cartas, un instrumento puesto en las manos del Todopoderoso para cumplir sus altos designios.

Fernando conocia demasiado á los hombres, para no apreciar el carácter de Colon. Percibió desde luego que por atrevidos que fuesen sus proyectos, y por magníficas que fuesen sus teorías, estribaba el plan en fundamentos científicos y prácticos. La posibilidad de hacer descubrimientos mas importantes aun que los que habian engrandecido al Portugal halagó su ambicion. Se mantuvo, sin embargo, como lo tenia de costumbre, frio y cauteloso, y resolvió oír la opinion de los hombres mas sábios del reino, antes de adoptar una resolucion definitiva. Refirió consiguientemente el negocio á Fernando de Talavera, mandándole juntar en asamblea los astrónomos y cosmógrafos mas entendidos de España, para que tuviesen una conferencia con Colon, examinasen las bases de su teoria, consultasen despues entre ellos y expusiesen su opinion.

CAPITULO IV.

COLON ANTE EL CONSEJO DE SALAMANCA.

Ex la ciudad de Salamanca fue donde se celebró la interesante conferencia sobre la proposicion de Colon. Hospedóse Colon en el convento de dominicos de San Estévan, donde fue dignamente tratado, y en el mismo edificio tuvo lugar el famoso exámen.

La religion y la ciencia estaban en aquella época, sobre todo en España, íntimamente unidas. Existian los tesoros del saber casi exclusivamente en los claustros de los monasterios. El dominio del clero se extendia al estado, lomismo que á la Iglesia, y los empleos de honor y de influjo de la córte se confiaban, casi todos, á los eclesiásticos y á la nobleza hereditaria. Frecuentemente se veian cubiertos con los arcos militares, á los que se hallaban investidos con las primeras dignidades de la Iglesia. Aquella edad se distinguia por el renacimiento de las letras, y mas aun por la preponderancia del celo religioso; y España sobrepujaba á todas las naciones de la cristiandad en el fervor de su fé. La inquisicion acababa de establecerse en el reino, y eran temibles sus fallos para cuantos manifestaban opiniones de cualquier modo heterodoxas.

Con estas ligeras pinceladas dejamos descrita la época en que un consejo de sábios eclesiásticos se juntó en el convento y colegio de S. Estévan para examinar las nuevas teorías de Colon. Formaban la asamblea profesores de astronomia, geografia, matemáticas y otros ramos de ciencias, varios dignatarios de la Iglesia, y muchos doctos religiosos. Delante de esta erudita sociedad se presentó Colon á establecer y defender sus conclusiones. Las gentes vulgares é ignorantes le habian escarnecido, y mofándose de sus proyectos; pero él estaba penetrado de que como lo-grase hacerse oír de una corporacion científica, esta fé haria justicia, dando crédito á sus proyectos calificados, por el vulgo necio, de insensatos.

La pluralidad de los vocales estaba probablemente preocupada contra él, como suelen los altos empleados y funcionarios contra los pretendientes pobres. Hay tambien cierta tendencia á considerar al hombre á quien se examina, como una especie de delincuente ó impostor, cuyas faltas ó errores van á descubrirse para hacerlos públicos. Colon apareció, ademas, bajo los peores auspicios delante de aquel cuerpo escolástico: él era un marino extranjero y desconocido, que no perteneció á ninguna corporacion literaria y que carecia de los medios necesarios para ostentar ese lujo y boato que dan á veces autoridad á la estupidez.

Muchos vocales le tenian por un aventurero; ó cuando mas por un visionario; y otros se sentian predisuestos contra toda innovacion de las doctrinas establecidas. ¡Qué admirable espectáculo debió pre-

sentar el antiguo salon del convento en tan memorable conferencia! Un simple marinero levantando la voz en medio de aquel imponente concurso de profesores, religiosos y dignatarios eclesiásticos, sustentando con natural elocuencia su teoria, y defendiendo, por decirlo así, la causa del Nuevo Mundo! Dícese que al empezar su discurso, todos dejaron de prestarle atencion menos los frailes de S. Estévan, por poseer aquel convento mas conocimientos científicos que el resto de la universidad. Los mas rudos ó mas fanáticos se habian atrincherado en este argumento que, despues que tantos y tan profundos filósofos y cosmógrafos habian estudiado la forma del mundo, y tan hábiles marinos navegado sus mares por millares de años, habia venido á ocurrírsele á un oscuro aventurero suponer que le estaba á él reservado el hacer aun vastos descubrimientos? Muchas de las objeciones y reparos puestos por aquella docta corporacion, han llegado hasta nosotros, y excitado mas de una sonrisa á expensas de la universidad de Salamanca. Pero no debemos juzgar á los miembros de aquel instituto sin tener muy presente la época en que vivieron. Vagando los hombres en un laberinto de controversias sutiles, habian retrogradado en su carrera y retrocedido de la linea limitrofe del antiguo saber. Así al iniciarse la discusion se vió Colon atacado no por principios geográficos, sino por abstracciones, citas y argumentos de varios escritores sagrados. Se mezclaban los sistemas de las diferentes escuelas con las discusiones filosóficas; y se concedian las demostraciones geométricas tan solo cuando no se oponian las interpretaciones de los textos que se citaban. Así, la posibilidad de los antipodas en el hemisferio del Sur, opinion tan generalmente admitida por los filósofos mas sábios de la antigüedad, que la nombró Plinio en la gran disputa entre doctos é ignorantes, fue la mayor dificultad que presentaron muchos letrados de Salamanca. No faltó quien contradijese las bases de la teoria de Colon, con citas de Lactancio y de S. Agustin, consideradas casi como autoridad evangélica.

El pasaje citado de Lactancio para relutar á Colon es un conjunto de amargas invectivas, poco dignas de tan grave teólogo. «¿Habrá alguno tan necio, pregunta, que crea que hay antipodas con los pies opuestos á los nuestros; gente que anda con los talones hácia arriba y la cabeza colgando? ¿Que hay una parte del mundo en que todas las cosas están al revés, donde los árboles crecen con las ramas hácia abajo, y adonde llueve, graniza y nieva hácia arriba? La idea de la redondez de la tierra, añade, fue la causa de inventar esta fábula de los antipodas con los talones por el viento; porque los filósofos que una vez han errado, mantienen sus absurdos, deliniéndolos unos con otros.» Mas graves dificultades se produjeron con la autoridad de S. Agustin, acerca de si la doctrina de los antipodas es compatible con las bases históricas de nuestra fé; pues que asegurar que habia habitantes en el lado opuesto del globo, seria mantener la existencia de naciones no descendidas de Adán, siendo imposible haber pasado el interpuerto Océano. Esto equivaldria por lo tanto á desmentir á la Biblia que asienta explícitamente, que toda la familia humana descende de un mismo padre.

Tales argumentos, que ciertamente tenian mas de piadosos que de científicos, tuvo Colon que combatir al principio de la conferencia. A la mas sencilla de sus proposiciones, la forma esférica de la tierra, le opusieron interpretaciones de textos de la Escritura. Argüian que se dice en los Salmos, que están los cielos estendidos como un cuero; esto es, segun los comentaradores, como la cortina ó cubierta de una tienda de campaña, que entre las antiguas naciones pastorales se formaba de pieles de animales; y añadian, que S. Pablo, en su epístola á los hebreos, compara los cielos á un tabernáculo ó tienda extendida sobre la tierra, de donde inferian que

deberia esta ser plana. Colon, que era sinceramente cristiano, temió ser acusado no ya de error, sino de heterodoxia. Otros mas versados en las ciencias, admitian la forma globular en la tierra, y la posibilidad de un hemisferio opuesto habitable; pero renovaban la quimera de los antiguos, manteniendo que seria imposible llegar á él, en consecuencia del calor insoportable de la zona Tórrida. Aun concediendo que esta pudiese pasarse, sostenian que atendiendo á la inmensa circunferencia de la tierra serian necesarios lo menos tres años para el viaje; y los que lo emprendieran perecerian de sed y de hambre, por la imposibilidad de llevar víveres para tan larga jornada. Se le dijo, con la autoridad de Epicuro, que admitiendo que la tierra fuese esférica, solo el hemisferio del norte era habitable, y que solo él estaba cubierto por los cielos; que la otra mitad era un caos, un golfo ó un mero desierto de aguas. Ni fue una de las objeciones menos absurdas que le pusieron, la de que aun suponiendo que el bajel llegase por aquel camino á las extremidades de la india, nunca podria volver; porque la convexidad del globo le pondria delante una altura tal que haria imposible el regreso, aun cuando el viento no fuese contrario.

Hé aquí algunos ejemplos de los errores y preocupaciones, del compuesto de ignorancia y de ciencia y de la pedantesca presuncion, con que se vió precisado á luchar Colon durante el exámen de su teoria. ¿Cómo podemos admirarnos de las dificultades y dilaciones que sufría en las córtes, cuando hasta los sábios de las universidades estaban atrasados? No supongamos, empero, que porque las objeciones que aquí se citan, son las solas que quedan, serian las únicas que le pusieron: estas se han perpetuado por su sobresaliente estupidez. Es probable, que pocos pondrian tales reparos, y saldrían estos de personas entregadas á estudios teológicos, retiradas en sus claustros donde no tendrían ocasion de rectificar por la experiencia del siglo, las opiniones erróneas de los libros. Es de presumir que se hayan hecho otras objeciones mas razonables y mas dignas de la ilustracion española de aquel siglo, representada por los sábios de Salamanca. Y debe tambien añadirse en justicia, que las réplicas de Colon tuvieron grande peso para con muchos de sus examinadores. En respuesta á las objeciones fundadas en la Escritura dijo: que los inspirados autores á que se referian, no hablaban técnicamente como cosmógrafos, sino figuradamente, y en lenguaje dirigido á todas las comprensiones. Los comentaríos de los Padres los trató con la deferencia que se debe á piadosas homilias; pero no como proposiciones filosóficas que era preciso ó admitir ó negar. A los reparos sacados de los filósofos antiguos respondió osada y hábilmente en términos iguales, como quien está profundamente instruido en todos los puntos de la cosmografía. Demostró que los mas distinguidos de aquellos sábios creían que habia habitantes en uno y otro hemisferio, aun cuando supusiesen que la zona Tórrida hacia imposible la comunicacion entre ambos: dificultad que el zanjaba concluyentemente, porque habiendo estado en S. Jorge de la mina en Guinea, casi bajo la linea equinocial, habia visto que aquella region no era solo atravesable, sino abundante en gentes, frutos y pastos. Cuando Colon se presentó ante el docto colegio, no tenía otra apariencia que la de un sencillo y simple navegante, algo intimidado quizá por la grandeza de su obra, y la augusta investidura de su auditorio. Pero poseia cierto fondo de sentimientos religiosos, que le dieron confianza en la ejecucion de su grande obra, siendo uno de aquellos temperamentos ardientes, que se inflaman por la accion de su propio fuego. Las-Casas, y otros contemporáneos, han hablado de su imponente presencia, de su elevado continente, de su aire de autoridad, de su animada vista y de las persuasivas entonaciones de su voz; ¡Cuánta

magestad y fuerza debieron adquirir sus palabras, cuando arrojando los mapas y olvidándose por un instante de su ciencia geográfica, inflamado su ánimo sublime, al oír las objeciones doctrinarias de sus oponentes, les salió al encuentro con textos de la Escritura, y con aquellas predicciones misteriosas de los profetas, que en su entusiasmo consideraba como anuncios de los grandiosos descubrimientos que proponia!

Entre muchos á quienes convencieron los raciocinios, é inflamó la elocuencia de Colon, se menciona á Diego de Deza, digno y docto religioso del órden de Sto. Domingo, entonces catedrático de teología del convento de S. Estévan, y despues arzobispo de Sevilla. Este erudito sacerdote poseia un entendimiento libre de preocupaciones y sutilezas escolásticas, y apreciaba la sabiduría, aunque no se encubriese bajo el birrete doctoral. No fue por consiguiente espectador pasivo de esta conferencia; sino que tomando un generoso interés en la causa de Colon, y favoreciéndola con todo su influjo sosegó el ánimo alborotado de sus fanáticos compañeros, y pudo conseguirle una tranquila, ya que no una imparcial audiencia. Con sus unidos esfuerzos se dice que atrageron á su opinion á los hombres mas profundos de las escuelas. Difícil fue conciliar el plan de Colon con la cosmografía de Ptolomeo, tan importante para todos los escolares. ¡Cuán sorprendido hubiera quedado el mas inteligente de aquellos sábios, si alguien le hubiese dicho que ya existia Copérnico, el hombre cuyo sistema solar destruiria la grande obra de Ptolomeo, que fijaba la tierra en el centro del universo!

En esta erudita corporacion, que miraba con desprecio las proposiciones de un extranjero pobre y desconocido, preponderaba siempre una masa de preocupacion y orgullo. «Fue preciso, dice Las-Casas, antes de que Colon pudiese hacer entender sus conclusiones y raciocinios, desarraigar de los oyentes aquellos principios erróneos, en que fundaban sus objeciones; operacion siempre mas difícil que la de la simple enseñanza.» Se verificaron varias conferencias, pero sin resultado alguno. Los ignorantes, ó lo que es aun peor, los preocupados se mantenian obstinadamente en su oposicion, con la porfiada perseverancia de la estupidez: los mas liberales é inteligentes tomaban poco interés en discusiones de suyo cansadas y extrañas á sus ocupaciones ordinarias; y hasta aquellos que aprobaron el plan, lo consideraban solo como una vision deliciosa, llena de probabilidades y promision, pero que nunca se realizaria. Fray Fernando de Talavera, á quien el asunto estaba especialmente cometido, le tenia en poquísima estima, y se hallaba demasiado ocupado con el movimiento y bullicio de los negocios públicos, para empeñarse en su conclusion; y así se dilataba cada dia mas el exámen.

CAPITULO V.

NUEVAS INSTANCIAS A LA CORTE DE CASTILLA.—COLON, SIGUE LA CORTE EN SUS CAMPAÑAS.

(1487.)

Las consultas del consejo de Salamanca se interrumpieron al principio de la primavera de 1487, por la salida de la córte para Córdoba, adonde la llamaban los negocios de la guerra, y la memorable campaña da Málaga. Fray Fernando de Talavera, ya obispo de Avila, acompañó á la reina como su confesor. Por mucho tiempo siguió Colon indeciso, las marchas y los movimientos de la córte. A veces cobraba ánimo con la halagüeña esperanza de que su proyecto iba á ser benévolutamente acogido, habiéndose nombrado juntas que conferenciasen acerca de él; pero los disturbios militares que arrebataban la corte de un lugar á otro; con la precipitacion y bullicio de un campo guerrero, impedian todas las cuestiones